

¿Humanización? Como bichos raros

LUISA FERNANDA GÓMEZ LOZANO*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

SOLER, COLETTE. *¿Humanización?* Medellín: Ediciones de Foros Hispanohablantes del Campo Lacaniano de la IF-EPFCL, 2019. 249 páginas.

Hay un animal que nos mira desde dentro, algo que no se hace palabra, que queda fuera del significante, algo que acecha en lo que somos, algo del ser entonces que parece no humanizable; pero ¿qué nos humaniza?, ¿qué es la humanización? Ese es justamente el título del libro de Colette Soler, que reúne sus clases del 2014: *¿Humanización?* Y con los signos de interrogación ya nos plantea varias cuestiones: ¿podemos hablar de humanización?, ¿cómo definirla?; pero, también, hay en esta forma del título un tonito irónico que no deja de escucharse, algo similar a un *ide* verdad! *¿Eso es humanización?*

Con el psicoanálisis, como con otros campos de conocimiento, podemos dar respuestas rápidas, que parecen obvias, a esta cuestión: humanización es el sendero que cada cual trasiega haciéndose sujeto del lenguaje; es consentir ceder la pura carne, la pura vida, para entrar en el campo del Otro; es el deseo y el goce; es, diríamos con algunos, sumergirse en la piscina del lenguaje, mantenerse a flote e incluso disfrutarlo, preservar la vida en el lenguaje; renunciar a

permanecer cachorros. Y sí, está esto y lo que supone entonces del encuentro con el Otro y con otro, de lo real que aparece con lo simbólico y de lo imaginario en que buscamos la unidad, y del anudamiento de estos tres.

Sin embargo, Soler nos propone una lectura siguiendo a Lacan: “la humanización, a saber, la posibilidad de un lazo”¹; que, por supuesto, nos deja enfrentados con la realidad de nuestra época, en la que están aquellos que “no tienen «nada para hacer lazo social»”², y otros que viven en el afán de enlazar, por ejemplo en las redes sociales, en las *app* para encontrar pareja; y con la decepción que resulta de muchas de estas interacciones en las que precisamente es el lazo lo que no aparece.

De la propuesta lacaniana que nos trae Soler, surge entonces una primera cuestión: en la época de los Derechos Humanos, ¿qué tan humanizados estamos? Siguiendo con la invitación de este número de *Desde el Jardín de Freud*, podemos decir: ¿qué tanto nos miramos entre todos como bichos raros? Y aflora así la cuestión del lazo social: desde qué lugar nos relacionamos con el otro y qué lugar le permitimos. Esto nos lleva al asunto de los discursos tal y como lo planteó Lacan, y como es retomado en el libro en cuestión.

* e-mail: luisagomezl@gmail.com

CÓMO CITAR: Gómez Lozano, Luisa Fernanda. “¿Humanización? Como bichos raros (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 22 (2023): 324-326, doi: 10.15446/djf.n22.112858.

© Obra plástica: Beatriz González

1. Colette Soler, *¿Humanización?* (Medellín: Ediciones de Foros Hispanohablantes del Campo Lacaniano de la IF-EPFCL, 2019), 239.
2. *Ibíd.*

Pero para llegar allí, Soler nos invita a ir a la estructura. Si es el tejido entre simbólico, real e imaginario lo que hace a cada uno, entonces es al momento en que esto se organiza, a las vías en que lo hace, a lo que debemos remitirnos. La psicoanalista va poniendo los elementos en juego con claridad para llegar a mostrar que el asunto central está en el padre, que es en esta función en la que descansa la organización de los tres registros. Así, la necesidad o no del padre en el proceso de humanización, es pregunta rectora de este libro. Con un desarrollo cuidadoso nos lleva hasta la metáfora paterna, para dar cuenta de que aquello que llamamos Deseo Materno (DM) es un nombre, el nombre del primer real, del primer agujero; que viene a ser sustituido por otro Nombre, el del Padre, y que es con esta sustitución que una nueva significación es posible. Hablamos entonces de la significación fálica que nos permite hacer parte del todos, todos castrados; es decir, todos operando con la simbolización de la falta. Diríamos que con eso hay para que haya encuentro, lazo. Sin embargo, lo que muestra Soler es que incluso lo que aparece allí puede hacer de ruptura, puede imposibilitar el lazo, romperlo o evitarlo.

En esto también, el libro es interesante: “¿en qué condiciones un deseo puede fijarse de manera que sea compensada, o contenida, su posible destructividad subjetiva y/o social?”. Soler se hace esta pregunta rompiendo el falso idilio con el deseo, en el que lo sostendríamos como aquello que por sí solo podría anudar el encuentro con otro. Más adelante nos da la evidencia del carácter destructivo del deseo en su relación con el goce fálico: el \$ que en la búsqueda del objeto termina por reducir al otro a objeto *a*, resto, trozo, dispuesto para el goce; o el deseo de hijo que reduce al recién llegado a Φ . Afirmaciones como esta permiten salir de las respuestas rápidas para entrar a la seriedad de la pregunta que nos convoca.

¿Qué humaniza? ¿Qué hace lazo? Y entonces al acercar así estas dos cuestiones la cosa se hace más clara. ¿Acaso no es necesario que el recién llegado encuentre un lugar para asentir al llamado que se le hace de aceptar la humanización?

Entonces juntamos dos elementos: el lazo, que nos lleva a los discursos; y el padre, que *da lugar* a una significación. Recuerda entonces cuestiones de importancia. Punto uno: Lacan habla de un discurso sin palabra; lo que tiene efecto no es la palabra en sí misma, sino la estructura en la que aparece; más puntualmente, el semblante que esté en el lugar de agente en el discurso. Será desde este desde el que se determinará la palabra que se juegue entre los lugares del lazo. Punto dos: ¿de qué padre estamos hablando?

En torno al asunto del padre, Soler da cuenta de las críticas de Lacan a la preponderancia de esta figura como necesaria en la estructuración del sujeto; pero también a aquello que sí sería del orden de lo necesario para que haya humanización. La pregunta se hace inevitable teniendo en cuenta las particularidades de nuestra época en lo que a filiación y sexuación se refiere. Resalta entonces la función de Nombrar que conlleva el lugar del padre, diferenciando el nombre del significante. El segundo caracterizado por remitir siempre a otro significante en la búsqueda de un significado; mientras el primero, el nombre, remite más bien a un referente, dice Soler. Si volvemos al asunto de la metáfora diremos entonces que el Nombre del Padre remite a una falta. El Nombre entonces nombra al agujero, lo hace ex-sistente, sustituyéndolo en el mismo movimiento. Solo existiendo el agujero puede haber anudamiento, nudo, y, por consiguiente, lazo. En una exposición cuidadosa, Colette Soler nos recuerda el trabajo de Lacan en el que transitamos del Nombre a los nombres del Padre, para llegar al *Sinthome* como nombre, como cuarto que anuda. Así el Padre en cuanto nombrante es la función de la que no puede prescindirse en la humanización; solo recordar el Génesis nos lo evidencia: es con el nombramiento con lo que el mundo aparece y con lo que se puede hacer relación con las cosas de este.

“La nominación hace al hombre”³, dice Soler, y con la nominación se anuda. Si no hay nombre, si no se recibe

3. *Ibíd.*, 238.

nombre y en consecuencia no se puede aceptar o rechazar el mismo, o sustituirlo, si este fuera el caso, ¿cómo entonces entrar en el lazo, tomar un lugar? Nos recuerda que “hombre” y “mujer”, son nombres que alguna vez lo fueron propios para luego hacerse genéricos; son entonces nombres a los que cada cual tiene que hacerse ya para aceptarlos o negarse a llevarlos. Resuena en todo este asunto, de fondo, la numeración de la época que termina por borrar el nombre; “soy solo una cifra”, es la queja que se escucha frecuentemente en los diferentes espacios de lo social; solo un consumidor, solo un objeto.

La pregunta que persigue este texto no solo es estimulante en el recorrido teórico que sigue la autora, sino en las consecuencias y salidas que permiten pensar al lector en relación con lo que acontece en la contemporaneidad. Si vamos a ese “discurso” capitalista que Lacan alcanzó a dejar planteado y que muestra la estructura en que se organiza lo social de manera predominante, lo primero que salta a la vista allí es la pérdida de lugares; ya no hay agente ni otro que trabaje, no hay producción ni verdad; todo se ve reducido a

un círculo vicioso en el que aparentemente al sujeto le llega su objeto, una ilusión de que la relación es posible. No hay lugar allí para el agujero; no hay nada que nombre y entonces dé un lugar. En ese sentido, esta época parece promover al humano como bicho raro, bicho de laboratorio al que se le da un número para diferenciarlo; sobre el que opera la ciencia como sobre cualquier objeto, al que se intenta exterminar en su singularidad poniéndolo a buscar el trocito de comida que el experimentador ha destinado para que se mantenga corriendo en la rueda sin fin del consumo. Unos a otros viéndonos como uno más para la explotación, sin ánimo de permitir ninguna producción singular, sinthomática, que nos nombre, que nos dé un lugar.

¿Humanización?, pregunta Soler; y entonces el contraste de la definición que entrega, siguiendo a Lacan, con lo que encontramos en la cotidianidad, invita a concluir que estamos en un proceso de deshumanización en el que pretendemos saltarnos la inevitable génesis del nombre.

